

Buscando el rumbo (2)

(¿Un nuevo modo de producción?)



La miopía intelectual

Seguramente los intelectuales de la derecha política del Capital son mucho más perspicaces y realistas que los de la llamada izquierda política del Capital. Este hecho, que desde hace mucho tiempo vengo constatando, es bastante sencillo de comprender: el poder nunca se engaña. Él analiza, organiza y planifica minuciosamente la mejor manera de conservar sus privilegios y como perpetuarlos. Es muy riguroso en sus análisis.

Cuando el poder sitúa en el primer plano de su actuación los aspectos político-militares de dominación por encima de los aspectos de integración, tiene fundadas razones para hacerlo así. Así ha ocurrido siempre en los periodos de crisis social, es decir, en los periodos en donde el sistema de relaciones sociales que cohesionan la sociedad se resquebraja. Son momentos que anuncian grandes cambios que solamente pueden ser trastocados o impedidos por la fuerza de los sectores parasitarios (un poderoso Estado mundial de Guerra para el pillaje) o impuestos por la fuerza de los sectores constructores. Para el poder no existe la más mínima duda ni indecisión en el uso de la fuerza y en la organización de los más insospechados actos de barbarie para conseguir sus objetivos. Actos cuya verosimilitud escapan de la comprensión de cualquier ciudadano.

Mientras el candidato socialista a las elecciones europeas José Borrell (y otros candidatos socialistas) hacen un gran alarde de la Europa socialdemócrata y siguen pidiendo el voto de la ciudadanía para hacer posible la "Europa Social" , esconden mezquinamente que son los mismos partidos socialistas y socialdemócratas en los gobiernos europeos los auténticos ejecutores del desmontaje del Estado del Bienestar y comparsas por igual en esta política con gobiernos liberales, radicales, verdes, conservadores, socialcristianos o social-liberales. Hoy, nadie discute ya la irreversibilidad del desmontaje del llamado Estado del bienestar. El único problema que se plantea es la forma (y las pautas) para poderlo llevar a cabo sin provocar grandes convulsiones ciudadanas. Esta fue sin duda la discusión más relevante de la pasada Cumbre de Lisboa del 2000.

La subyugación, en las mejores condiciones posibles, de los capitales europeos al único liderazgo mundial capaz de garantizar el funcionamiento del sistema capitalista globalizado está lejos de poderse hacer por medio de acortar el gran desfase tecnológico y sobre todo militar con los EEUU. Ellos, los capitales europeos, decidieron hacerlo por la vía de la pauperización y precarización del trabajo asalariado, es decir, por la vía del desmontaje del Estado del Bienestar. Ya no representa novedad alguna las repetidas informaciones periodísticas sobre los pactos sindicales que se están dando en muchas de las grandes empresas europeas en el sentido de "rebajar costes de producción", o dicho de manera más sencilla y entendible de la reducción de salarios, el incremento de las horas de trabajo semanales, la disminución del tiempo vacacional... y hasta la sustitución y recorte de las pagas extraordinarias por primas de eficacia. El proceso de recorte o anulación de los derechos sociales y prestaciones (subsidios de paro, jubilación,...), la libertad de contratación, el despido libre y la privatización de los servicios públicos (sanidad, educación,...) parece imparable. La jornada de 35 horas semanales que los trabajadores alemanes del metal consiguieron en 1984 es historia pasada. Hoy, con 4,3 millones de parados y con la espada de Damocles de las deslocalizaciones los trabajadores alemanes observan como sus condiciones laborales se precarizan sin cesar. El gobierno de socialdemócratas-verdes con la nueva ley aprobada de Reforma Laboral ha suspendido de un plumazo los derechos de los trabajadores conseguidos desde el año 1949.

Para algunos países europeos (especialmente los provenientes de la antigua órbita soviética o los menos desarrollados tecnológicamente) la sumisión sin condiciones de los grupos de poder, surgidos tras la privatización de las grandes empresas estatizadas o nacionalizadas, al nuevo Imperio mundial de las corporaciones financieras es ya un hecho. En cierta manera podríamos decir que la vieja Europa de las patrias se debate entre poder participar en la construcción de un capitalismo global (participar en la economía del pillaje) desde una posición de privilegio o verse relegada y excluida a región periférica. El llamado diálogo trasatlántico de la reunión de Dromoland Castle (Irlanda) entre los EEUU y la Unión Europea, se desarrolló simplemente bajo éste dilema tras el trasfondo de la Guerra de Irak. En realidad, los capitales franco-alemanes tienen absoluta necesidad de acceder a un área de vital

importancia estratégica en donde se concentran enormes recursos petrolíferos y de gas natural imprescindibles para occidente, en la cual los EEUU llevan ya mucho tiempo actuando militarmente para su absoluta apropiación, para no verse relegadas a regiones en decadencia. La estrategia energética de Bush-Cheney (la guerra por procurarse el petróleo del mundo) no ha sido más que la concreción de una estrategia tecnológica-militarista desarrollada minuciosamente desde hace años tras la caída de la URSS y que Europa no ha podido seguir muy a pesar de los actuales intentos militaristas de rearme liderados fundamentalmente por las izquierdas socialistas europeas. Las leyes del mercado (las auténticas leyes del mercado que los economistas tanto alaban a la vez que se obstinan en obviar) aparecen hoy sin más enmascaramientos: son las leyes del más fuerte.

La derecha del Capital, hace mucho tiempo que manifiesta que el Estado del bienestar, tal como lo hemos conocido en las sociedades occidentales, es ya inviable. Las declaraciones de Alfredo Sáenz, el primer ejecutivo del grupo Santander, abogando por "desmontarlo en poco tiempo" no dejan lugar a dudas. *"El crecimiento económico a largo plazo y la competitividad están íntimamente ligados a las "mejoras estructurales" de los mercados de trabajo y financieros; a los niveles de impuestos y a las prácticas regulatorias. Es decir, a mejorar estructuralmente nuestros mercados laborales y financieros, y acomodar nuestros niveles impositivos a los de aquellos países que nos van a hacer la competencia, y ajustar nuestra práctica regulatoria a conceptos mucho más liberales o realmente vamos a tener un problema. El welfare hay que desmontarlo y no tenemos demasiado tiempo para hacerlo..."* (2 de junio, Alfredo Sáenz en el Club Financiero de Bilbao).

Estas afirmaciones han causado un gran sobresalto en los círculos progresistas, los eternos miopes de unos hechos contrastados y verificados mil veces que se niegan mil veces en reconocer. Los periodos reformadores en los periodos de crisis profunda terminaron. Ni reconocen los hechos que a pasos agigantados se están imponiendo en las sociedades occidentales ni son capaces de dejar de extrañarse de declaraciones, análisis o estudios que desde más de dos décadas repetida y constantemente son aireadas por todos los medios de comunicación. El "Estado de Inversión Social" de Anthony Giddens (el ideólogo de la Tercera Vía del laborismo británico) en donde propone el paulatino desmontaje del Estado del bienestar pronto podremos decir que será más viejo que Matusalén. Las declaraciones de Alfredo Saez ya las hicieron en la década de los 90: Miquel Sebastián, por entonces director del Centro de Estudios del Banco Bilbao Vizcaya; Guillermo de la Dehesa miembro de Centre For Economic Policy Research; el Centro de Estudios Sociales de la Caixa; la patronal española, etc. etc.

Son políticas de desmontaje que en la práctica hace tiempo se están practicando y que solamente hace falta refrendar "legalmente", cosa que los señores Fidalgo y Cándido Méndez harán sin pestañear en los próximos meses a propuesta del gobierno socialista de Zapatero.

Pierre Rosanvallon, Director del Centro de Investigaciones Políticas Raymond Aron, aborda con mucho más realismo y objetividad la crisis del Estado del Bienestar. Para P. Rosanvallon las bases del modelo socialdemócrata se hundieron hace años: *"Era un modelo para administrar la justicia social y los conflictos a través de las organizaciones sindicales cuando habían unas clases sociales más o menos homogéneas, cuando se trabajaba en bloque y en cadena, cuando el capitalismo producía mercancías y a la propia clase obrera. Contra lo que piensan algunos, no es que exista un virus liberal que habría invadido los espíritus y nos habría sumido en la confusión ideológica. Lo que pasa es que está cambiando el modo de producción. Efectivamente, se puede reivindicar el programa socialdemócrata desde un punto de vista intelectual, pero el mundo al que va dirigido empezó a cambiar hace unos veinte años"*.

No entraré en detalle sobre lo que piensa en general Rosanvallon (está reconocido como un intelectual social-liberal), pero si me interesa hacerlo sobre una cuestión fundamental que aborda con claridad meridiana: *"Lo que pasa es que está cambiando el modo de producción"*.

Pierre Rosanvallon intenta adentrarse en el problema. Se acerca a la causa real que está acelerando la crisis de un sistema social que hemos llamado capitalista y que ha devenido inviable. Ni maldad neoliberal ni confusión ideológica. Son grandes cambios que se están produciendo de la mano del único motor de la Historia de la sociedad humana que siempre los ha propiciado: el conocimiento humano. Grandes cambios en la manera de producir que en el marco de una sociedad de apropiación privada no hacen más que agudizar la crisis de las relaciones económicas del sistema en cuyo seno se han desarrollado.

Las relaciones capitalistas (Capital-trabajo asalariado) no resisten el envite de un nuevo modo de producción impulsado por una nueva gran revolución tecnológica. Las tesis de Rosanvallon se acercan en realidad a las de Marx. Producir más mercancías a partir de aumentar más el número de productores, se terminó. Ahora se aumenta significativamente la producción de más y más mercancías disminuyendo más y más el número de productores. En empresas como Chrysler el costo de ejecución de una mercancía (trabajo vivo necesitado) solo representa un máximo de un 25% del costo global. El 75% lo es en los procesos de investigación, en desarrollo tecnológico y en servicios.

En el fondo del análisis teórico, Rosanvallon asiente que las leyes intrínsecas de la sociedad capitalista que midieron el valor de las mercancías por el



tiempo de trabajo empleado en su fabricación (y la medición de la plusvalía por el tiempo de trabajo expropiado al trabajador) son ya inviabilidades en un nuevo modo de producción que ha emprendido una velocísima carrera de constante disminución del tiempo necesario para la producción de cualquier mercancía desvalorizando en la misma medida el trabajo vivo (la anterior fuerza productiva) empleado para ello, pero que el 75% de los costes de producción de cualquier mercancía dependen de otros parámetros significativamente distintos a los concebidos en las antiguas sociedades capitalistas del siglo pasado. Estos tienen que ver con enormes sumas de capital financiero necesario para la investigación y el desarrollo tecnológico, con la disponibilidad de materias primas y fuentes energéticas, con las posibilidades de terciarización de una parte o de la totalidad de la producción, con la adquisición "just in time" de materias, mercaderías o trabajo a los precios más bajos, a deslocalizaciones, etc. Con la aplicación de las herramientas creadas por esta gran revolución tecnológica (informáticas y microelectrónicas) aumenta inconmensurablemente el tiempo de trabajo expropiado al trabajador, disminuye la cantidad de trabajo vivo necesitado y por tanto se desvaloriza éste sin cesar.

Tanto es así que en el futuro, cualquier mercancía que necesitase de una gran aportación de trabajo humano para producirse quedaría automáticamente excluida del mercado capitalista. En esta situación se encuentran todas las economías de los pueblos que no tienen acceso a los medios tecnológicos modernos, de la misma manera, por ejemplo, como el antiguo artesano tejedor se vio expulsado del mercado cuando la burguesía mecanizó el sector textil con la lanzadora de Kay, la jenny de Hargreaves y el telar de Carthwright. Ningún "Estado de la limosna" hubiera podido hacer perdurar entonces la vida del artesano de la misma manera que ningún "comercio justo" puede hacer perdurar hoy antiguas maneras de producir absolutamente obsoletas y del cual sus mercancías no alcanzan a poder ser transaccionables en un mercado capitalista tecnológicamente mucho más avanzado. En realidad, la diferencia entre los tiempos de trabajo necesitados para fabricar cualquier mercancía entre el mundo en donde prima el trabajo vivo como la más importante fuerza productiva y el mundo del conocimiento, es abismal.

(Esta exclusión del mercado de mercancías no competitivas no significa ni mucho menos que el capitalismo que obtiene su ganancia con la explotación del trabajo humano desecha de entrada la producción de mercancías con un alto contenido de trabajo asalariado precarizado. Las maquiladoras sería un ejemplo de ello. Pero más pronto o más tarde la propia competencia obligará la progresiva sustitución del trabajo vivo por ingenios mecanizados mucho más eficaces).

Ni tampoco puede sobrevivir en el mercado globalizado una economía que no disponga de las herramientas financieras, tecnológicas, de los medios energéticos y de las materias primas necesarias para ser usadas en cualquier momento en cualquier lugar del mundo. De esta manera, un gran poder financiero mundial (que concentra en sus manos todos estos medios) homogeneiza a escala mundial los precios de las mercancías de tal manera que

la ley del valor alcanza su punto más álgido. Como nada existe si no puede ser convertido en mercancía de cambio llegamos a la simple conclusión de que solamente la mercancía transaccional en el mercado global que producirán las grandes compañías transnacionales (sin competencia alguna con otras mercancías) tiene posibilidad de existir. Las demás, sean tomates, patatas, televisores o automóviles (que necesiten ser producidas con una gran cantidad de fuerza de trabajo vivo) acabarán en los vertederos.

(Es fundamentalmente la concentración de un gran poder financiero y tecnológico (y no la explotación de trabajo precarizado, que también sin duda existe) la que permite a Corea controlar el 65% de las nuevas contrataciones navales en el mundo).

La vía de la constante desvalorización de la fuerza de trabajo (las políticas de desmontaje del Estado del Bienestar deben considerarse claramente como opciones dentro de esta vía) adoptada por los sectores de poder europeos como única manera de acortar la gran distancia tecnológica que les separa respecto a los sectores norteamericanos está destinada al fracaso. La homogenización de la pobreza parece ser el inevitable desenlace de una Europa sin fronteras en la que no puede mantenerse por mucho tiempo diferencias de salarios anuales tan descomunales como los 39 mil euros en Alemania, 18 mil en España, 7 mil en Polonia, 4,5 en Eslovaquia, 1,6 en Bulgaria , etc.

(Por cierto, sería preciso preguntar a los economistas de todas las escuelas constituidos en sublime corifeo, que ley del mercado determina el valor tan dispar de la fuerza del trabajo cuando en el mercado mundial tanto los productos energéticos, como las materias primas, como los metales, como otros productos esenciales tienen sus valores estrictamente concretados a nivel mundial y todas las mercaderías están a su vez sujetas a leyes de competencia globales significativamente iguales). Su letanía de "moderación salarial" ha obnubilado y adormecido a toda la burocracia sindical europea.

El fin del capital

Si bien a grandes trazos hemos acotado en tiempos históricos diversos modos de producción, éstos, hasta nuestros días, no se han dado nunca de manera exclusiva o pura. Las formas de producir se solaparon unas con otras porque las viejas herramientas y métodos de trabajo no fueron sustituidas siempre con la misma rapidez por las nuevas, porque el aislamiento entre los pueblos



fue en ciertos periodos muy grande, porque antiguas estructuras de poder fueron un hándicap muy importante para que las innovaciones estuvieran al alcance de sus sociedades y se generalizaran con prontitud, porque la etapa en donde se ha abierto definitivamente la puerta a la búsqueda del conocimiento científico (la etapa en donde la Ciencia ha sido reconocida como tal) ha sido relativamente muy reciente. En poquísimas décadas los avances tecnológicos han sido tan grandes que nuestra prehistoria aparece como un larguísimo y dificultoso camino lleno de extensos momentos de esclerosis en donde todo era análogo de intocable e imperecedero.

El conocimiento de nuevas fuentes energéticas ha favorecido siempre de manera primordial que nuevas fuerzas de trabajo mucho más eficaces pudieran sustituir a las antiguas y que se desarrollase a partir de ellas, nuevas y mejores herramientas y maquinarias.

Nunca la forma concreta de explotación del trabajo humano (ni la manera de su retribución) han sido específicamente determinantes en los modos de producción. Situaciones de esclavitud o servidumbre siguen teniendo lugar hasta en los complejos manufactureros más avanzados de la sociedad capitalista. El trabajo asalariado no se aparta un ápice de lo que fueron otras formas de explotación del trabajo humano: un trabajo forzado.

Tampoco podemos decir que en sociedades arcaicas en donde predominaba una gran dominación servil la mano creadora del hombre no hubiera alcanzado respuestas innovadoras y grandes adelantos en el saber. En civilizaciones antiguas se construyeron grandes obras maestras, conducciones de agua subterráneas de miles de kilómetros, embarcaciones que surcaron océanos, norias hidráulicas, alumbrados con gas natural, trepanaciones craneales, aleaciones de metales, etc.

Por tanto no podemos decir taxativamente que un nuevo modo de producción puede ser definido, como dice Rosanvallon cuando tienen lugar grandes cambios en las formas de producir ni cuando varían las diferentes formas de retribución de la explotación del trabajo humano.

Lo que además define un modo de producción y lo que realmente distingue el nuevo del anterior es el cambio en la posesión de los nuevos medios de producción. Quien tenía y quien tiene (que grupo o sector social tiene en sus manos) los nuevos medios de producción. La propiedad privada sobre ellos determinará tanto el modelo de sociedad como los objetivos de la producción.

Así ha sido siempre como las grandes aspiraciones del ser humano de satisfacer sus necesidades vitales, su bienestar y felicidad, su valoración como individuo, el agradecimiento y el reconocimiento social, la lucha por la supervivencia y la continuidad de la especie, el dominio de la naturaleza y el avance en el saber... se ha visto siempre truncada y desviada hacia intereses no propios ni de la colectividad sino de los sectores que se apropiaron con violencia de los medios que en cada momento de la Historia tuvo en sus manos para satisfacer estas necesidades. Así el trabajo creador se convirtió en trabajo forzado en sus formas esclavistas, serviles o asalariadas. Trabajo humillante, alienador y embrutecedor para construir grandes pirámides, castillos

amurallados, catedrales, palacios o mansiones. De la producción para la satisfacción de las necesidades a la producción esquizofrénica que no da ni bienestar ni felicidad ni reconocimiento social... ni es capaz de asegurar la continuidad de las generaciones venideras.

Nunca los cambios en la manera de producir han revertido directa y positivamente en la vida de las sociedades porque la apropiación privada ha determinado el sentido y la dirección de estos nuevos medios y de estas nuevas herramientas.

La Humanidad no ha estado nunca en condiciones de escoger el modelo social de progreso que pudiera satisfacer sus necesidades. Trabajamos para el poder a cambio, durante muchos periodos de la Historia, de la simple supervivencia.

Así ahora, cuando tenemos a nuestro alcance enormes medios para satisfacer nuestras necesidades disminuyendo el esfuerzo y el tiempo de trabajo necesitado para ello, paradójicamente estamos sometidos sin remedio a producir por producir, a trabajar por trabajar, de tal forma que hemos llegado a alcanzar la más monstruosa homogeneización de la pobreza material y humana de millones de seres humanos mientras solo unos pocos (y cada vez menos) podrán malbaratar inmensas riquezas dando paseos privados por el espacio con un SpaceShipOne construido con la tecnología más avanzada que ha costado más de 20 millones de dólares.

No podemos definir la aparición de un nuevo modo de producción cuando unos nuevos medios y herramientas mucho más eficaces son aplicados en la actividad humana. Ellos sí resquebrajan o hacen inviables las "leyes económicas" (leyes no científicas sino de poder) sobre las que se sustentaron los ligámenes de la antigua sociedad capitalista. Rosanvallon no acepta pensar que estas puedan sostenerse ante los grandes cambios que provoca esta nueva revolución tecnológica. Lleva razón: son inviables. Llevando la situación al límite, cuando grandes centros de investigación sean capaces de fabricar herramientas tan eficaces que sean capaces de producir grandes cantidades de mercancías sin apenas incorporación de trabajo vivo la propia reproducción del Capital es inviable.

También para Marx el fin del trabajo asalariado es a su vez la muerte del Capital.

Pero esto no ocurre así aunque en la práctica, el trabajo asalariado vaya deviniendo trabajo esclavista o servil cada día más desvalorizado o que miles de seres humanos se vean excluidos de cualquier proceso productivo o que el trabajo sea convertido en una esquizofrénica actividad de hacer y deshacer agujeros tal como tejía y destejía Penélope. Teóricamente la remuneración precaria del trabajo cada vez más escaso y desvalorizado, pero a su vez cada vez más productor de inmensas cantidades de mercancías y riquezas, no alcanzará nunca a poderlas comprar aún con el débito del trabajo futuro de 20 o 30 años que ningún comprador de fuerza de trabajo puede asegurar. Matemáticamente no hay solución y aunque las inmensas burbujas financieras creadas puedan estallar tal como ocurrió en otras épocas, el Capital

sobrevivirá porque la muerte de la sociedad del Capital no es un problema matemático sino de poder.

A los críticos economicistas deberíamos recordarles que para el poder nunca ha sido un fin en si mismo ni la producción de mercancías, ni el progreso económico, ni el mantenimiento de un sistema social determinado, ni la cientificidad de las leyes económicas que lo pudieron regir, ni mucho menos su validez ética o moral. Las claves del poder son otras y estas pueden bien mantenerse en sociedades esclerotizadas, sometidas y esclavizadas en donde unos pocos sean los únicos favorecidos de las enormes riquezas que puede crear la especie humana. La ciencia económica no tiene cabida en ningún manual de la piratería.

Los críticos economicistas deberían saber que tampoco la crisis del trabajo asalariado (la precarización de las clases trabajadoras sometidas a un proceso constante de desvalorización del trabajo en relación al capital) que es evidente, presupone el fin del Capital. No es la primera



vez en la historia del sistema capitalista que ocurren grandes crisis industriales de sobreproducción con enormes masas de trabajadores en paro y en precarización que pudieron sortearse con avalanchas migratorias, guerras destructivas y de conquista de nuevos mercados y reconstrucciones con grandes tasas de apropiación del trabajo humano. Lo que diferencia estos periodos de exclusión con los actuales va mucho más allá de la crisis del trabajo asalariado. Hoy, esta crisis viene determinada por otras causas mucho más profundas y esenciales: viene determinada por el triunfo explosivo de la producción de ingentes valores de cambio que no son realizables socialmente para inmensas masas de la población.

Una larga y profunda incomprensión sobre la esencia del capital como valor de cambio ha lastrado profundamente el avance hacia nuevas formaciones sociales libres de las trabas y de las alienaciones del trabajo asalariado. Quienes guiados mas por el deseo que por el conocimiento estuvieron aguardando pacientemente la ultima crisis del capital como la definitiva, lo hicieron bajo la premisa de que el capitalismo se moriría de éxito: montones de mercancías acumuladas en enormes almacenes sin compradores que realizaran su valor. Hoy asistimos al ajuste, a la planificación y a la organización de la producción en función de la demanda solvente auscultada minuto a minuto gracias a la revolución de la informática y de las comunicaciones. Asistimos a una profunda ruptura entre el valor de uso y el valor de cambio que inmediatamente se presupone para toda mercancía. Descubrimos que las teorías sobre la terciarización y sobre la globalización,

lejos de ser nuevos estadios del desarrollo capitalista son las manifestaciones del absoluto fracaso de un modo de producción, que en su agotamiento expanden la miseria y excluyen del reparto de las riquezas producidas a masas crecientes de personas. Descubrimos que tras las clásicas guerras de destrucción compañeras inseparables de todas las crisis anteriores, ya no aparecen en el horizonte los también clásicos periodos de reconstrucción y de expansión de la actividad productiva; antes bien, percibimos como las naciones golpeadas por la guerra retroceden a estadios y a situaciones más cercanas a la barbarie que a cualquier atisbo de civilización y que tras la guerra intuimos otra guerra en cualquier otro lugar. El ejército de reserva del mercado de trabajo hace tiempo que dejó de ser el acordeón que en su expansión y en su contracción marcaba los ritmos del sistema económico. Hoy el paro laboral es endémico e instalado en la estructura de forma permanente y solo conoce la dirección de su crecimiento.

Constatamos como el milagro de la terciarización que nos pintaba una sociedad de artistas, músicos, médicos, psicólogos para bebés, enfermeros y cuidadores de ancianos, amas de casa con subsidios y prestaciones económicas, turismo y ocio para todos..., camina hacia el desmontaje del seguro de desempleo, del derecho a la asistencia sanitaria gratuita, del derecho a la educación pública, a la liquidación del sistema de pensiones y de jubilación.

Constatamos como la globalización que debía impulsar el comercio, suprimir las barreras aduaneras y acercar a los pueblos a niveles superiores de desarrollo económico y bienestar, ha provocado que continentes enteros como África conozcan los niveles más bajos de producción y de intercambio de mercancías de toda su historia moderna.

Todos estos elementos confluyen no en una etapa superior del desarrollo capitalista sino en su final. En dos terceras partes del mundo vemos como el trueque y el intercambio simple precapitalista vuelve a aparecer para ocupar el lugar que la hegemonía del capital financiero asoló. Los valores de cambios ya no son realizados, en cuanto precio, en los mercados naturales y propios directamente relacionados con su producción y distribución. Los capitales directamente productivos son permanentemente desvalorizados mediante una constante presión a la baja de las materias primas y de la mano de obra. Paralelamente las plusvalías son trasladadas y exportadas a los centros financieros globalizados pero infinitamente centralizados. El trabajo es desvalorizado, los capitales productivos son desvalorizados y convertidos en subcontratados de oligarcas financieros que fijan los precios siempre a la baja. Si el Sr. Henry Ford, aquel que se jactaba de que jamás entraría en un banco para pedir dinero prestado levantara la cabeza, vería como su empresa es una amalgama de centros esparcido por todo el mundo donde la producción es subcontratada y arrendada, por piezas cuyo precio es fijado en los despachos de la banca neyorkina.

Si Marx pudo constatar que el capital es una suma de valores de cambio y por tanto un valor de cambio y que como tal se reproduce regresando una y otra vez a su punto de partida, el dinero, sin perder en ningún momento su naturaleza, constató al mismo tiempo que esa reproducción solo es posible

si esos valores de cambio se convierten en objeto de necesidad y son consumidos. Pero la condición es que deben ser consumidos por el trabajo para reproducirse de nuevo.

Con el dominio del capital financiero el capitalismo inicia su última singladura que le llevará a la sepultura. Es la aventura de la producción de valores de cambio sin sustancia, la negación del trabajo humano y el sueño imposible del dinero que crea dinero. Un sistema parasitario que ya va cobrándose sus huéspedes a lo largo y ancho del planeta mientras las burbujas de los valores ascienden hacia ninguna parte.

Los periodos de concentración

Un hecho ha determinado siempre los periodos de decadencia de un sistema social anticipadores de lo que llamaríamos el advenimiento (o la necesidad histórica para el advenimiento) de un nuevo modo de producción. Este ha sido el de la concentración de la propiedad de los medios de producción y el de la configuración de un sector de poder parasitario mucho más ocupado en el pillaje y en la acumulación por la vía de tributos e impuestos a modo de bandidaje que en el propio desarrollo del sistema productivo imperante que deviene por sus propias contradicciones internas en inviable. La forma partitocrática (de grupo de poder endogámico) y su máxima expresión el cesarismo es la que corresponde a este periodo. Las instancias de poder de las grandes corporaciones financieras mundiales son diametralmente opuestas a cualquier forma democrática. La defunción de la democracia burguesa y de todos sus instrumentos es un hecho. Los pucherazos o la simple anulación de los procesos electorales, aún convertidos en auténticos espectáculos mediáticos, no debería extrañar a nadie. Las "Razones de Estado" han sido siempre las excusas propias de los poderes dictatoriales y fascistas.

La concentración de la propiedad de los medios de producción ha sido en todos los modos de producción la tendencia inevitable. Esta tendencia es ley. El momento de la máxima concentración y acumulación (que tiene lugar bajo formas que podemos llamar "imperiales") corresponde también al inicio de su agotamiento. El proceso de concentración de la propiedad de los medios de producción supone siempre, lógicamente, un proceso de la exclusión de tal propiedad a los individuos o de los grupos sociales que obtenían la posibilidad de su sustento con su uso. Podríamos decir que mientras que en el inicio de un modo de producción empieza un proceso de generalización de la propiedad que da lugar a una gran diversidad de clases y sectores sociales que emergen por causa de su accesibilidad o no a estos medios (siempre en función de la fuerza para acceder a ellos y para conservarlos), en el momento de su declive se produce una creciente desaparición y pauperización de todos los sectores expropiados. Con la concentración y la acumulación de la propiedad aumenta la riqueza de los sectores poseedores y homogeniza la pobreza de la sociedad excluida. Son periodos de agotamiento del sistema social, de crisis y de enfrentamiento entre los propietarios y los no propietarios de los medios de

producción. Más aún cuando el poder es incapaz de mantener un "Estado de Caridad".

(En Alemania, por ejemplo, la nueva Ley de Reforma Laboral equipara a los parados de larga duración a los indigentes por lo que el antiguo seguro de desempleo se transforma en un sistema de caridad que oscila entre los 331 a los 345 euros de asistencia social).

En la última fase de concentración capitalista, la de máxima concentración de la herramienta financiera, la madre de todas las herramientas: el dinero, culmina la forma más acabada de la propiedad capitalista. Lenin apenas pudo intuir someramente lo que realmente significaba el imperialismo como fase superior del capitalismo. La propiedad financiera ha eclipsado y subordinado a todas las distintas formas de propiedad capitalista y eliminada del poder (o de su participación en el poder) a todos los sectores y clases sociales poseedoras de algún medio de producción, bien sea la propiedad de la simple fuerza de trabajo (trabajadores) como la propiedad de medios o herramientas de producción (burguesía). La propiedad financiera, propietaria de grandes recursos y apropiadora de la mayor fuerza productiva de todos los tiempos (el conocimiento científico) puede ya deshacerse tanto de la antigua fuerza productiva como de los propietarios de los antiguos medios de producción de mercancías. Trabajadores, agricultores, comerciantes, pequeños industriales, profesionales liberales, empresarios de cualquier rama de la producción... se ven con facilidad pasmosa excluidos del mercado capitalista. Excluidos en el sentido de pérdida de la propiedad de medios de producción para ser reconvertidos en meros asalariados del gran capital financiero.

La generalización de la exclusión no tiene ya clase ni sector. Es lo que comúnmente aparece como la crisis de las clases medias. En realidad la exclusión se produce en el sentido de desposeer a grandes masas de la población de la propiedad de cualquier valor de cambio, tanto de la fuerza de trabajo como de la producción de mercancías.

Solamente este valor de cambio es realizable por los sectores cada vez más minoritarios propietarios de Capital. Así observamos como grandes cantidades de mercancías y de recursos (y capitales) son transferidos a los mercados solventes mientras las poblaciones productoras se ven incapacitadas de transaccionar cambio alguno retornando obligatoriamente al intercambio simple (de características precapitalistas) para poder sobrevivir. En muchos lugares del mundo constatamos este retorno a formas primitivas de intercambio.

Se debe comprender la agonía del sistema capitalista más en la inhabilitación de la ley del valor que en la incapacidad que tiene el capital de metabolizar el trabajo asalariado, cosa que ha ocurrido con frecuencia en anteriores periodos de crisis capitalista y de manera tanto o más aguda que en la actualidad. Basta recordar la huida a los EEUU de más de 2 millones de europeos a principios del siglo XX o los periodos de la Gran Depresión en Norteamérica o la gran crisis en Francia, Alemania o Italia antes de la Segunda Guerra Mundial.

Lo que diferencia también esta crisis con las anteriores es en la enorme y peligrosa irracionalidad a la que se ve arrastrado el sistema para sobrevivir. Mientras otras crisis se resolvieron con un fuerte relanzamiento en la producción de valores de cambio inseparables a la producción de mercancías (trabajo asalariado y Capital fueron los motores de un gran desarrollo de las fuerzas productivas) que hacían posible la ley dinero-mercancía-mercancía-dinero y en donde las transacciones de Capital correspondían casi en un 90% a intercambios reales (comercio de materias primas o mercancías) hoy son otros valores de cambio distintos, independizados de la producción de mercancías, los prevalecen. Las enormes pérdidas o ganancias del Capital-dinero que se maneja, por ejemplo, en Wall Street, separado absolutamente del proceso productor de mercancías, al filo solamente de rumores de guerras, quiebras, fusiones de empresas o simplemente informaciones de nuevos descubrimientos científicos, es suficientemente explicativo de la situación.

Así, en este periodo de colapso, observamos como ingentes cantidades de Capitales son separados de los procesos creadores de riqueza y son invertidos en grandes eventos deportivos, culturales o religiosos, en Forums y Cumbres, en espectáculos de masas, en proyectos fantasmagóricos espaciales o militares... que suplen a las mercaderías como valores de cambio (o retirados de la circulación en paraísos fiscales). Estos son los auténticos nuevos valores de cambio realizables en un sistema desbocado, irracional y deshumanizado. Millones de dólares gastados en carreras automovilísticas, en jugadores de básquet o fútbol, en estrellas mediáticas, en programas televisivos basura, en construcciones monumentales, en ingenios sofisticados para la guerra o para la conquista espacial ... mientras una gran parte del mundo se muere porque a pesar de la inmensa capacidad actual de producir mercancías, alimentos, vacunas,... estas no se producen porque este mercado necesitado (esta inmensa demanda) no tiene ninguna posibilidad de realizar cambio alguno para acceder a ellas (no son propietarios de ningún valor de cambio).

Estas nuevas mercancías (materiales o inmateriales) sea un cuadro pictórico, un evento deportivo, un concierto, un sofisticado misil o un edificio monumental ... se agotan cuando la pintura es colgada en un museo, cuando el deportista consigue una medalla, cuando termina el concierto, cuando se destruye el misil o cuando el visitante ya ha observado la grandiosidad del monumento. Nada tiene que ver con el anterior circuito de reproducción del Capital (dinero-mercancía-mercancía-dinero) imparabile en los periodos anteriores del capitalismo.



No podemos olvidar que el Capital solo puede ser reproducido cuando se realiza la Ley del Valor, es decir cuando cualquier producción realiza su valor de cambio en el mercado: Se compra o se vende. Sean mercancías u otros valores de cambio. Si este acto no se realiza, el Capital se extingue. El atesoramiento no reproduce al Capital.

Es en este sentido que podemos definir al capitalismo (y a cualquier sistema social) en su periodo de decadencia como un sistema destructivo e irracionalmente despilfarrador de recursos. Destructivo en el sentido de ser un colosal freno a las inmensas potencialidades productivas de la sociedad constructora y despilfarrador en cuantas todas estas enormes potencialidades son malbaratadas o destruidas. La dilapidación de recursos de la corte de Luís XVI o de la China de los mandarines queda absolutamente empequeñecida ante el actual derroche de riquezas del poder que causa una gran humillación y penuria para la Humanidad. Generaciones venideras no alcanzarán a comprender la extraordinaria irracionalidad alcanzada en este periodo de agonía del sistema y las dificultades que hemos tenido los seres humanos para acabar con ella; solo explicables por el enorme y despiadado uso de la fuerza del poder, para desbaratar las ansias de progreso y de cambio social que necesita la sociedad.

Josep julio 2004